

La realidad de los límites en nuestra vida

Por lo general a los límites se los considera como obstáculos en el camino de la vida. El secreto consiste en utilizar los límites personales como camino y ayuda hacia la filialidad. Nuestras dificultades y problemas deben ser una puerta de entrada para la gracia, una escalera hacia el corazón de Dios.

Podemos distinguir límites de orden:

Físico: que uno es gordo o flaco, feo o pelado; defectos físicos, enfermedades, problemas nerviosos...

Síquico-espiritual: incapacidades intelectuales, no saber hablar, depresiones, trastornos síquicos, fracasos en la profesión o en la educación de los hijos, etc.

Social: mi familia (pobre o rica), mis problemas económicos, mi profesión, mi pueblo, mi raza...

Ascético-moral: debilidades, vicios, faltas de voluntad, mezquindades, antipatías, egoísmo, falta de carácter y de temperamento, fracaso en el cumplimiento de los propósitos... hasta culpas y pecados.

El Padre Kentenich, fundador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt, nos da **cuatro pautas** para nuestro comportamiento al respecto.

1. No extrañarse. Debemos extrañarnos más bien de que no sea peor. Aceptando el pecado original que ha herido nuestra alma, sobre todo su armonía, no debe extrañarnos que las cosas sean así. El pecado original es, además, fuente de muchos pecados personales que han influido en nosotros (herencia, ambiente, educadores...). A eso se agregan nuestros pecados propios que han profundizado el hábito del pecado.

2. No confundirse (no enredarse, no ahogarse) Espontáneamente, al vernos tan miserables, uno podría llegar a ponerse nervioso, a confundirse, a dejarse agarrar por el pánico. Al hombre común le resulta insoportable aguantar las experiencias de pobreza moral. Quisiera ser distinto.

Entonces se da a la fuga ante su propia naturaleza, la niega, cambia de ideales... Procede como uno que es tirado al agua sin saber nadar: da golpes irracionales y se ahoga al fin por haber perdido la serenidad.

3. No desanimarse. El desánimo sería un paso más. Este desaliento que se expresa en tristeza y en depresión, es un enemigo muy peligroso. Aclara el Padre Kentenich que “es mucho más fatal que el mismo pecado grave”. Porque predispone para ir más abajo todavía, para cometer otros pecados nuevos. Uno se deja estar, ya no espera nada más de sí mismo. Agrega: “En aguas turbias se pasea el maligno”.

Por eso es tan importante crear en nosotros y a nuestro alrededor un clima de alegría. La educación filial es educación a la alegría: “¡Nada debe perturbar nuestra alegría interior!”.

4. No instalarse. No habituarse, no acostumbrarse a la miseria y el pecado. No perder el sentido de la responsabilidad, no resignarse. Debemos luchar en contra de nuestras faltas y defectos. Por lo menos hemos de despertar el impulso de trabajar en contra, aunque no siempre nos resulte. Los santos son santos porque han comenzado innumerablemente de nuevo. Contemos hasta el fin de la vida con caídas y miserias. Por eso debemos contar también hasta el final con luchas.

Hemos de lograr un realismo grande que nos da paciencia frente a nosotros mismos, que nace de la limitación que uno experimenta y que está combatiendo permanentemente, esperando poder superarla algún día.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Soy consciente de mis límites?
2. ¿Estoy acostumbrado a algunos pecados?
3. ¿Es el desánimo una característica en mí?

Si desea suscribirse, comentar el texto o dar su testimonio, escriba a: pn.reflexiones@gmail.com